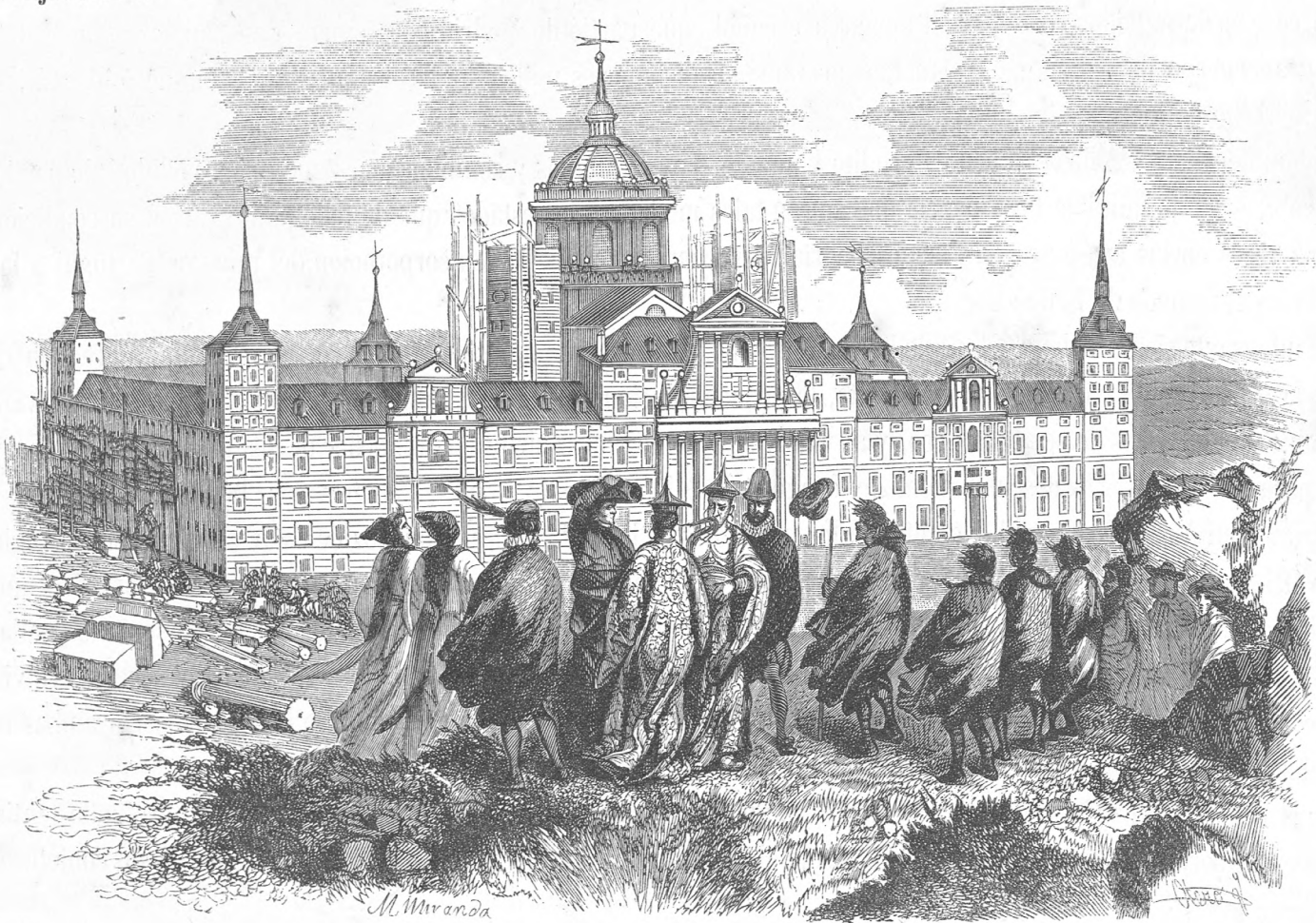


Desde estos dos sucesos quedaba el Portugal harto estenuado para poder resistir á un Rey tan poderoso como Felipe II ⁽¹⁾. Este sin embargo, prudente hasta el extremo en esta ocasion y acaso sobradamente lento, sin descuidar los preparativos, trató antes de desvanecer en lo posible la antipatía, y atraerse las voluntades de los portugueses. Ofrecióles por medio de su embajador el Duque de Osuna no solo la conservacion de todos sus fueros, privilegios y libertades, sino otras muchas gracias y mercedes.

Juntóse, pues, en Badajoz el ejército expedicionario, á donde llegó el Rey en marzo de 1580, incorporándosele algunas semanas despues la Reina, el príncipe D. Diego, que antes acababa de ser jurado sucesor por muerte de D. Fernando, las Infantas, y el Archiduque Alberto, recién creado Cardenal de Jerusalén. Tibiamente se apercibieron los gobernadores á la defensa del reino, obrando mas bien por temor á la acalorada plebe, que por estorbar el reconocimiento de Felipe, en cuyo favor los mas estaban comprometidos. No así el clero inferior, y con especialidad los frailes, que partidarios del pretendiente D. Antonio, mostráronse abiertamente hostiles al Rey Católico, ora en el púlpito con violentas arengas, ora en el confesonario, y hasta presentándose armados en las plazas. No dejaron los hábitos de ejercer su influjo, puesto que el 24 de junio de 1580, cuando habia empezado á moverse nuestro ejército, entró D. Antonio en Lisboa con poquísima dificultad, donde fue recibido, hospedado y proclamado como Rey. Su primer decreto fue declarar enemigos públicos al Rey de España y á los que siguiesen sus banderas; además levantó gente, pidió auxilios á todas partes, fortificó plazas, y nombró generales de mar y tierra.

Por medio de una maniobra engañosa del Duque de Alba, que aunque ya anciano sabia marchar al frente de un ejército, burló al enemigo, acometió á Cascaes, batió y tomó el castillo, aprisionando al general D. Diego de Meneses, cuya cabeza mandó cortar á su presencia para infundir terror á los portugueses.

Adelantóse el de Alba hasta Belén, y reconocidas las posiciones del enemigo, determinó acometer al de D. Antonio en sus atrincheramientos; y lo hizo con tan buen éxito é inteligencia, que nadie hubiera reconocido á los portugueses en los vencedores de Aljubarrota.



LOS PRINCIPES JAPONESES EN EL ESCORIAL.

Volvamos, que ya es tiempo, al Escorial, y presenciemos la visita que le hicieron unos príncipes japoneses. Pero antes de enterar á nuestros lectores de este suceso, nos permitirán que descendamos á algunos pormenores para mejor comprender la causa de aquella visita ⁽²⁾.

Nadie ignora que los Jesuitas son los primeros misioneros que plantaron en el Japon el estandarte de la Cruz, y tantos y tan

⁽¹⁾ El P. Sigüenza.

⁽²⁾ C. M. Cadell, Historia de las misiones del Japon y Paraguay.

rápidos fueron los adelantamientos que allí hizo el cristianismo, que el P. Valignan, visitador general de aquellas misiones, consideró oportuno crear en el país un sacerdocio nativo. Para esto era indispensable un Obispo, y no se podía conseguir sin contar con Roma; mas apenas se dejaron traslucir las intenciones de Valignan, cuando los dos reyes de Bongo con los de Arima y Omura resolvieron enviar embajadores á Roma con el objeto indicado, y rendir homenaje y obediencia á Su Santidad. Salieron, pues, de Nangasaki el 25 de febrero de 1582 Colignan y dos príncipes, Mancio Ito, sobrino y representante de Francisco, rey de Bongo, y Miguel, que iba en nombre y bajo la autoridad de los de Arima y Omura (1).

Uno de los puntos mas interesantes de sus viajes era Madrid, donde se hallaron efectivamente por el mes de mayo. Recibiólos Felipe II en medio de su familia con toda solemnidad, abrazándolos afectuosamente, y ordenando á sus hijos que hiciesen lo mismo: y como llegasen al palacio á la hora de Vísperas, el Rey les invitó á acompañarle á la capilla real, donde les señaló asiento enfrente del altar, con objeto, dice un antiguo historiador, de que la Corte viese bien sus personas; pero mas debemos creer que fuese con el fin de que los príncipes gozasen del ceremonial con toda comodidad. Bien hubiera deseado Felipe II, si sus tareas gubernamentales no se lo impidieran, llevarlos consigo al Escorial; y no queriendo que se volvieresen al Japon sin haber visto aquella maravilla, no terminada aún, mandó que les enseñasen todo lo mas notable de Madrid, y que acompañados de dos gentiles-hombres visitaran despues el real monasterio. A este efecto escribió una carta al Prior Fr. Julian de Tricio, para que los tratase como personas de la familia real, sin omitirle la causa que los llevaba á Roma.

El 20 de mayo, con un cielo despejado pero fuertes vientos, entraron estos príncipes y las personas que los acompañaban en el Escorial, donde pasaron dos días enterándose de todo, y llamando la atención de cuantos los vieron, no tan solo por su noble apostura sino por los ricos y elegantes trajes que vestian. Allí estuvieron recreándose con una obra escrita en su lengua, rara edicion que aún existe en doce tomos, y trata de los ritos y ceremonias del Celeste Imperio. Por aquellos tiempos ni el palacio del Escorial poseia las riquezas de ahora, ni los alrededores del monasterio presentaban el aspecto que hoy con sus lindos bosques, sus esmaltados parterres, sus deliciosas huertas, sus preciosos paseos y sus ricas casas de campo; pero en cambio descollaba el Monasterio entre aquellos pintorescos pedruscos con toda su régia magestad, con la severidad y aislamiento que debe reinar en la mansion de los hombres apegados á las costumbres religiosas, y sin mas aditamento de edificios comarcanos que las casas de Oficios. Siete reinados nada menos habian de trascurrir para que tomase vuelo la edificacion de casas en San Lorenzo, para que, envidioso del Escorial de Abajo, no parase en su acrecentamiento hasta eclipsarle con su lujo y ostentacion.

Regresaron despues los príncipes Japoneses á la corte, y en su final partida para Italia Felipe II fué á despedirse de ellos á su mismo colegio, costeándoles el viaje á Barcelona, donde les esperaba una nave de la Real armada que debia conducirlos á Marsella, y de allí á Civita-Vecchia.

En este mismo año (1582) murió Santa Teresa, mujer célebre por mas de un concepto, uno de los personajes mas distinguidos de su nacion, y cuya pérdida fue altamente sentida por Felipe II.

Hallándose en la capital de Estremadura fue Felipe II acometido del catarro pestilencial que tanto estrago hizo en España, que casi despobló á Madrid, y cuyos horrores llegaron tambien á San Lorenzo, atacando á algunos monjes y obreros, y sucumbiendo algunos de estos últimos (2). Llegó el Rey á sentirse tan malo que ordenó su testamento, enviándole al Escorial

*La q para a cofras con vome te a
nencia y do temporal me a par
ci do q p q lo es por braba def en
pe de a p ment e p portos. t f m
f en no ref ten s de yo bre a no lopa
e i qe mos*

LETRA DE SANTA TERESA.

(1) Nangasaki ó Nagasaki es un puerto del Japon, que está en la isla de Kiusiu, y tiene unos 60.000 habitantes.

(2) Al llegar á este párrafo no podemos menos de observar una inexactitud en la historia del P. Sigüenza, cuando nos asegura que la peste que reinaba en toda España apenas se conoció en el Escorial sino por relacion. (Véase, pág. 11.) El catarro pestilencial de aquella época, y del que se dice haber casi despoblado á Madrid y otras muchas villas y ciudades, nada tenia que ver con la peste, sino que los antiguos llamaban pestilentes, pestilenciales y aun pestes á las enfermedades epidémicas que eran graves y mortíferas. Así, la peste de los antiguos no era mas que un tifo mas ó menos grave y maligno. Por lo demás, el catarro de 1580 era un catarro epidémico como tantos otros que ha habido despues, y aun hoy de cuando en cuando, que atacan á muchos individuos á un mismo tiempo, y que complicándose, además de los síntomas catarrales, con afecciones inflamatorias ó nerviosas, invaden especialmente á los viejos, niños y personas delicadas. Ha tomado diferentes nombres, segun los diferentes tiempos y países, habiéndose llamado generalmente *grippe* en los últimos años. El que en España precedió al cólera-morbo en 1834 fue llamado colerin, por lo mismo que precedió al cólera; no habiendo sido mas que un catarro epidémico. Del citado de 1580 dice la historia, que cundió tanto en Barcelona que en el espacio de diez ó doce días enfermaron mas de 20.000 personas, de que murieron muchos: hallándose anotado que en 7 de diciembre estaban con esta dolencia todos los vecinos.»

para que se conservase en el archivo hasta que por cualquier causa fuese pedido. Su fuerte naturaleza ayudada con los auxilios del arte produjeron una feliz reaccion, y venciéndose la enfermedad, el fundador del Escorial recobró su salud. No así la Reina Doña Ana, que víctima del cruel azote sucumbió el 26 de octubre, como asimismo el niño que llevaba en su seno.

Encargó el Rey al Obispo de Badajoz y al Duque de Osuna que custodiaran el cadáver hasta el Escorial, donde llegó el 11 de noviembre. Suntuosas en extremo fueron las exequias, pues además de los monjes, asistieron todos los músicos de la iglesia primada de Toledo, con la capilla Real: celebró la Misa el Arzobispo de Toledo Quiroga, y predicó D. García de Loaisa, que mas tarde alcanzó aquella dignidad; quedando depositado en seguida el cadáver en el panteon provisional.



D. GARCIA DE LOAISA.

Grandes, graves y complicadas eran las ocupaciones de Felipe II; y si bien su política parecia reclamar todos sus cuidados y momentos, no por eso, á pesar de hallarse lejos del Escorial, olvidaba ni descuidaba cuanto tuviese relacion con aquella fábrica. Milagroso en efecto parecia que la máquina colosal del gobierno de Felipe II, compuesta de tantas y tan apartadas provincias y regiones gobernadas por un solo cetro, obedeciese toda á su único impulso. El moderno Alejandro, el gran Carlos V, habia dejado de existir; pero la frente sobre que habia depositado el César tantas y tan brillantes coronas, podia sustentarlas todas, y la historia nos demuestra que el gran rey supo reemplazar al gran conquistador.

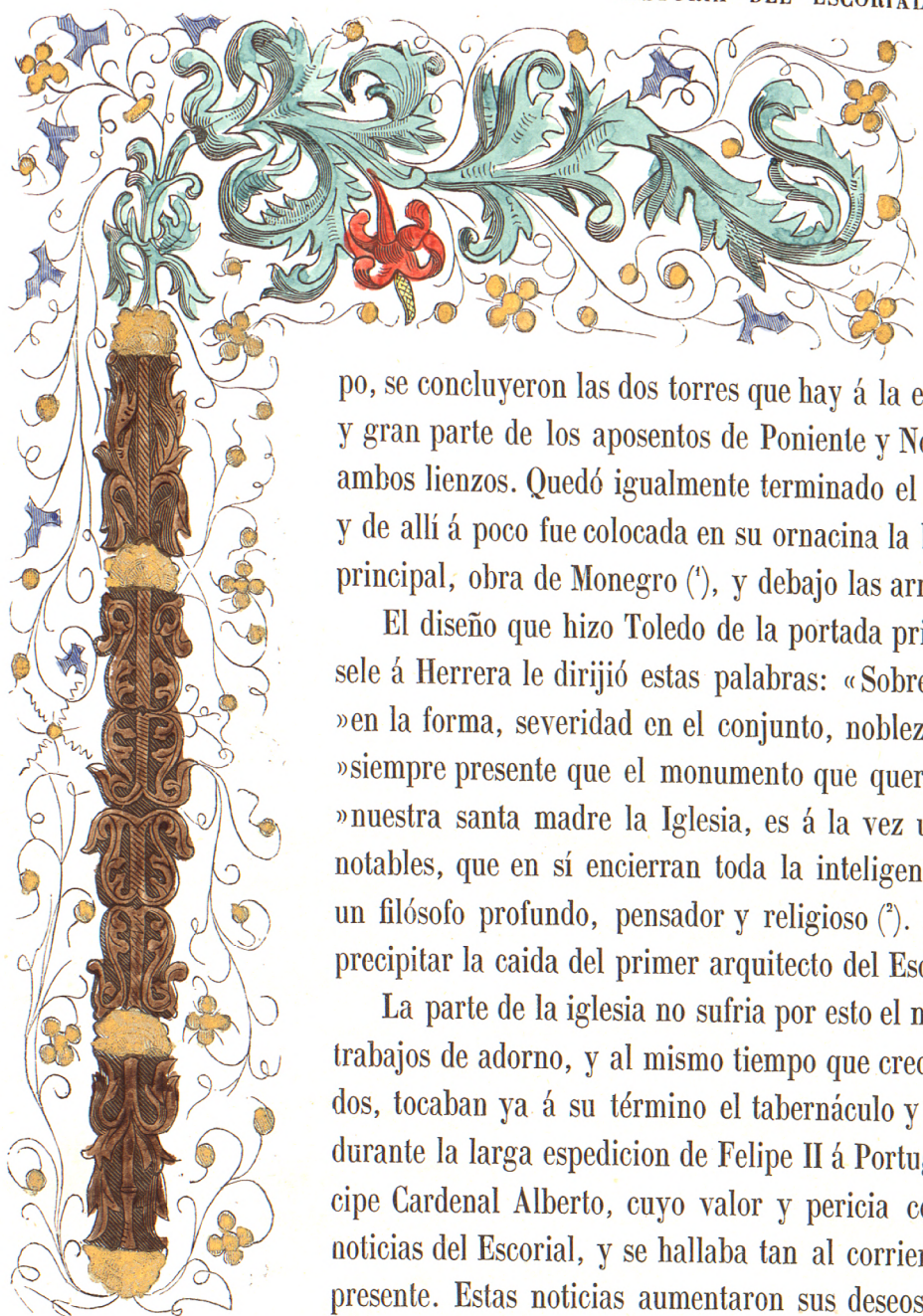
Tan grande era el entusiasmo del fundador y tanta su perseverancia, que desde Badajoz, y en medio de sus ocupaciones políticas, dirigia frecuentes cartas al Prior y al arquitecto, encargándoles que le diesen noticia detallada de todo cuanto se hiciese, y ordenando que de las cosas de alguna importancia se le remitiesen los dibujos ó proyectos; y así se hizo, enviándole dos modelos de tamaño natural, de las sillas del coro: opinó por su parte con tan buen gusto y tino, que fijó su dibujo con la magestuosa sencillez que ahora tienen; y así vemos que aunque separado á gran distancia, no dejaba de inspeccionar y aun

dirijir, con lo que hoy llamaríamos su doble vista magnética, ambas empresas. Corrian parejas con este cuidado del Rey la direccion y el talento de Herrera, así como la persistente vigilancia é inspeccion del obrero Fr. Antonio Villacastin, que de todo cuidaba con imponderable esmero: de esta suerte vemos que la larga ausencia de Felipe II no solo no aminoró los progresos de la obra, sino que adelantaron visiblemente en todo el año 1581.

Mientras así marchaba la fábrica del Escorial, en 25 de junio de este mismo año habia hecho su entrada en Lisboa el nuevo rey D. Felipe II, acompañado de muchos caballeros castellanos y portugueses, siendo tan brillante cuanto lo merecian su grandeza y magestad. Sin embargo, esta solemne jura dispuesta por el Duque de Alba, á pesar de su grande aparato y ceremonias de costumbre, fue presenciada por un escaso concurso de pueblo y menor alegría y regocijo (*).

Colocáronse la última piedra del templo y la cruz en la veleta el día 23 de junio de 1582, siendo de completo júbilo para los trabajadores, que consideraban ya vencida la principal dificultad, y veian aproximarse aquella magnífica fábrica á su término. Y así era en efecto; y no podemos menos de asombrarnos al ver que aquel mosaico de sillares, aquella colosal y majestuosa iglesia habia sido construida en seis años y medio. La alegría y el entusiasmo se veian pintados bien á las claras en todos los semblantes; y tanto los monjes como los trabajadores decidieron celebrarlo dignamente: hubo procesion y *Te Deum*, y los criados de la Casa Real manifestaron su alegría con juegos y danzas. Para que el lector pueda formarse una idea de lo adelantados que

(*) El historiador Costanzo dice que durante la permanencia de Felipe II en Lisboa se libró por dos veces del puñal de los asesinos (tomo 1, pág. 397). En ningun otro historiador lo hemos visto, y seguramente que á ser cierto no lo hubiera omitido el P. Sigüenza.



por esta época iban los trabajos, bastará decirle que cuando acabó de tomar posesion el quinto prior Fr. Miguel de Alaejos, se colocó el reló principal, fabricado en Madrid con tal precision que estuvo funcionando por espacio de mas de un siglo sin observarse en él la menor alteracion.

Poco despues (1583), y casi á un mismo tiempo, se concluyeron las dos torres que hay á la entrada de la iglesia, el claustro principal de Palacio y gran parte de los aposentos de Poniente y Norte, inclusa la torre que en su ángulo exterior une ambos lienzos. Quedó igualmente terminado el pórtico principal segun el nuevo diseño de Herrera, y de allí á poco fue colocada en su ornacina la linda estatua de San Lorenzo, que está en la fachada principal, obra de Monegro ⁽¹⁾, y debajo las armas reales, de no escaso mérito.

El diseño que hizo Toledo de la portada principal del templo no agradó al Rey, y al encargársele á Herrera le dirigió estas palabras: «Sobre todo no olvideis lo que acabais de oirme; sencillez en la forma, severidad en el conjunto, nobleza sin arrogancia, magestad sin ostentacion. Tened siempre presente que el monumento que queremos erigir á la mayor honra de Dios y gloria de nuestra santa madre la Iglesia, es á la vez un monasterio, un templo y una tumba.» Palabras notables, que en sí encierran toda la inteligencia de un consumado artista y toda la sabiduría de un filósofo profundo, pensador y religioso ⁽²⁾. ¡Palabras que en otro tiempo tal vez sirvieran para precipitar la caída del primer arquitecto del Escorial!

La parte de la iglesia no sufría por esto el menor retraso. Adelantábanse con igual actividad los trabajos de adorno, y al mismo tiempo que crecía la obra de cantería y se acababan los empizarrados, tocaban ya á su término el tabernáculo y otros objetos de importancia. Ya hemos visto que durante la larga expedicion de Felipe II á Portugal, donde dejó de gobernador á su sobrino el príncipe Cardenal Alberto, cuyo valor y pericia conocia sobradamente, tuvo frecuentes y detalladas noticias del Escorial, y se hallaba tan al corriente de lo que allí se hacia, cual si hubiera estado presente. Estas noticias aumentaron sus deseos de verle cuanto antes, y resolvió regresar al Real sitio de San Lorenzo, volviendo á pasar por Badajoz, en cuyo trayecto visitó algunos santuarios.

Al llegar el monarca á la Cruz Verde, doblando el pico del cerro llamado de San Benito, y al divisar de nuevo aquel objeto material de su cariño, sintióse fuertemente acometido del deseo de contemplarle con alguna detencion. Mandó hacer alto con este objeto, y extasiado ante aquel bello panorama, experimentó por algun tiempo una alegría y satisfaccion imposibles de describir.

Sonreía con los primeros albores la primavera, reflejándose en el azul del cielo vagamente los objetos dorados por los tibios rayos de sol que alegraban los contornos del Escorial; ciervos y gamos brincaban tranquilamente cual si comprendieran que nadie podia inquietarlos en una hermosa mañana del mes de marzo, que aunque fria, se presentaba con nueva claridad y caprichosos cambiantes de luz; los árboles iban engalanándose ya con sus nuevas vestiduras; pudiera decirse que se sentia renacer la hermosa estacion y fecundarse el campo misteriosamente. Nada habia triste en la naturaleza, y aquella alegría que magnetizaba al monarca, y aquel grato deliquio de que se hallaba poseido, formaban con los rayos del sol un conjunto encantador, que reflejaba con toda fidelidad en aquel momento el alma del fundador.

Aquellas elevadas y esbeltas agujas, que desde las torres parecían ocultar sus remates en el fondo de las mismas nubes; aquella imponente y majestuosa mole, brotando de enmedio de los crecidos y calcinados cerros que la protejen; aquella sorprendente masa blanca, destacándose majestuosa como un gigante de sillería de entre la frondosidad de los bosques, que forman como el fondo del cuadro, constituían la realidad de su atrevida creacion, á la par que llenaban su corazon de suaves y místicas emociones. Al ver completamente en relieve el sublime pensamiento que concibiera en la embriaguez de la lucha, en la intranquila felicidad de la reciente victoria, experimentaba mayor satisfaccion, considerábase mas grande que cuando, vencedor de sus enemigos, paraba su vista en el campo sembrado de cadáveres y cubierto con los escombros de San Quintin. Todo aquello representaba el valor y hasta el heroismo de sus guerreros: el monasterio era la espresion de su pensamiento religioso, el em-

(1) El dibujo de esta estatua le hemos dado en la pág. 10.

(2) Obra citada: *El Cristo de la Oliva*.